Curso

Lectura teológica de “Lumen fidei” a la luz del arte cristiano

Profesor: Juan Miguel Prim Goicoechea
Ayudante: Helena Faccia Serrano

INSTITUTO DIOCESANO DE TEOLOGÍA
ESCUELA DE ARTE CRISTIANO
Diócesis de Alcalá de Henares

Lunes 18 de noviembre de 2013

“Transmito lo que he recibido”. Capítulo III, nn. 37-49

En la sesión de hoy leeremos y comentaremos íntegro el tercer capítulo de *Lumen fidei*. Como indica la frase bíblica elegida, tomada de 1 Corintios 15,3, el texto nos habla de la transmisión de la fe. La dinámica de la fe es la dinámica de un don que se recibe y, transformando al que lo recibe, se comunica a otros. Leemos el número 37:

> 37. Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí. La fe, puesto que es escucha y visión, se transmite también como palabra y luz. El apóstol Pablo, hablando a los Corintios, usa precisamente estas dos imágenes. Por una parte dice: “Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: Creí, por eso hablé, también nosotros creemos y por eso hablamos” (2 Co 4,13). La palabra recibida se convierte en respuesta, confesión y, de este modo, resuena para los otros, invitándolos a creer. Por otra parte, san Pablo se refiere también a la luz: “Reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen” (2 Co 3,18). Es una luz que se refleja de rostro en rostro, como Moisés reflejaba la gloria de Dios después de haber hablado con él: “[Dios] ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo” (2 Co 4,6). La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos”.

El capítulo comienza con un epígrafe titulado “La Iglesia, madre de nuestra fe”. En estos primeros números del tercer capítulo la encíclica utiliza imágenes de vida, de luz, de generación. El número que acabamos de leer recuerda que es propio de la naturaleza de la fe el comunicarse: “Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí”. Y es que, como decían los clásicos, “Bonum diffusivum sui”, el Bien tiende a difundirse, se comunica a sí mismo. La frase es de Santo Tomás de Aquino, aunque algunos la hacen remontar al Pseudo-Dionisio Areopagita (siglos V-VI). Si esto puede afirmarse, de algún modo, de toda clase de bien -ya que forma parte de nuestra naturaleza el querer dar a conocer y

comunicar a otros las cosas buenas que nos suceden o que tenemos-, es especialmente aplicable al Bien sumo, a Dios. En efecto, Dios, que es perfecto en sí mismo, en la comunión de las Personas trinitarias, por amor, por sobreabundancia, ha creado el universo y en él al ser humano. Dios no crea el mundo por necesidad, porque le falta algo para ser completo y feliz. Ni tampoco por emanación, como si el universo fuera una "excrecencia" de Dios, que no puede contenerse a sí mismo. No, Dios crea libremente y por amor, para compartir con las criaturas el Bien que Él mismo es. "Bonum diffusivum sui". Y participación de este Bien que es Dios mismo es la fe. Por eso también la fe es difusiva: quien la tiene no la puede retener sólo para sí.

Dice el texto que siendo la fe ante todo escucha y visión, se transmite como palabra y como luz. A la escucha corresponde la palabra. A la visión, la luz. "Creemos, por eso hablamos", dice san Pablo. La palabra recibida se convierte en respuesta, en confesión de fe, invitando a otros a creer. Y la luz que ha brillado en nuestros corazones, que ha iluminado nuestros rostros, se convierte en reflejo que ilumina a otros.

Lumen fidei utiliza dos imágenes para hablar de esta luz. En primer lugar se refiere a Moisés: "es una luz que se refleja de rostro en rostro, como Moisés reflejaba la gloria de Dios después de haber hablado con él". "La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos". Podríamos haber escogido, en este punto, una de las imágenes de Moisés creadas por el arte cristiano, como el célebre Moisés de Miguel Angel. Pues es verdad que la imagen del rostro luminoso de Moisés, tras hablar con Dios en lo alto del Sinaí, es un precioso testimonio del caracter luminoso de la fe y de la visión del misterio divino. "Contemplata aliis tradere", decía la teología medieval. "Transmitir a otros lo que uno ha contemplado". Pero hemos preferido utilizar otro recurso iconográfico.

La segunda imagen que utiliza *Lumen fidei* para hablar de la transmisión de la luz de la fe es la del cirio pascual: "La luz de Cristo llega hasta nosotros (…) de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama".

Todos recordamos ese momento tan elocuente de la Vigilia Pascual, cuando en la noche del Sábado Santo la comunidad cristiana, reunida a la puerta del templo, asiste a la bendición del fuego con el que se enciende el Cirio Pascual, y entra en la iglesia -que se encuentra a oscuras- detrás de esa columna de fuego. De ese cirio reciben la luz los fieles, y con las velas en sus manos escuchan el canto del Pregón Pascual, que anuncia las grandes obras de la creación y la redención y anuncia gozoso la Resurrección de Cristo. Pues bien, hemos querido escoger -como comentario a este número- una columna hermosamente decorada destinada al cirio pascual. Y ya que hoy celebra la liturgia la dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, hemos escogido el candelabro pascual de la Basílica de san Pablo Extramuros en Roma. Nos lo presenta Helena.

CANDELABRO PASCUAL DE SAN PABLO EXTRAMUROS

Vamos a ver tres imágenes. Podríamos pensar que se trata de obras similares, que tienen que ver algo entre ellas y cuyo uso es el mismo. Casi, pero no. Las dos primeras corresponden, respectivamente, a las columnas de Trajano (114 d.C.) y de Marco Aurelio. La primera se halla en el Foro de Trajano y la segunda en la Plaza Colonna, ambas en Roma.

La tercera, en cambio, es el candelabro pascual del siglo XII (alrededor de 1170) de la Basílica de san Pablo Extramuros de Roma. Pero viéndolo, con sus 5.60 metros de altura, que se convierten en casi 8 si consideramos la base de 56 cm y el cirio pascual de 1.50 m. clavado sobre un perno que lo alza 40 cms. por encima del candelabro, da la sensación de que sus autores, Niccolò d'Angelo y Pietro Vassaletto, se inspiraron en las columnas conmemorativas romanas.

Este candelabro es una verdadera columna conmemorativa, adornada de bajorrelieves de estilo románico que nos recuerdan las decoraciones de los sarcófagos y que narran historias del Nuevo Testamento (de la Pasión y Resurrección de Cristo), figuras simbólicas en la base, motivos vegetales y animales.

Los Vassaletto fueron una familia de escultores y marmolistas que los estudiosos sitúan desde el punto de vista estilístico en el ámbito de los Cosmati, pero con una sensibilidad cromática más viva y superior en la talla. Los Cosmati eran marmolistas romanos que formaron varios talleres, de los cuales se recuerdan siete miembros, pertenecientes a cuatro generaciones distintas que vivieron entre los siglos XII y XIII, famosos por sus trabajos arquitectónicos, sus esculturas pero, sobre todo, por sus mosaicos y decoraciones realizadas en lugares eclesiásticos. El iniciador de la familia Vassaletto fue Basiletto, hacia el 1130. Su hijo Pietro realizó, ade-

más de este candelabro pascual, el claustro de la misma Basílica, iniciado a principios del siglo XII y terminado aproximadamente hacia el 1214. A esta familia también le debemos el claustro de san Juan de Letrán, concluido en 1236.

Las columnas conmemorativas son monumentos que, abandonada su función arquitectónica, se constituyeron como monumento independiente, decorativo y propagandístico.

Pero este candelabro no ha abandonado su función de luminaria, como soporte del Cirio que es llevado cada año en procesión -al comienzo de la Vigilia Pascual- desde el atrio de la Basílica hasta el altar mayor, mientras el diácono entona por tres veces la aclamación "Lumen Christi" (Luz de Cristo), y el pueblo responde "Deo Gratias" (Demos gracias a Dios). Y a su función litúrgica, esta columna de san Pablo Extramuros añade un elemento que no es sólo decorativo, sino catequético.

En las imágenes siguientes vamos a ver las distintas franjas del candelabro y lo que representan. La columna está dividida en 8 registros, que se leen de abajo a arriba.

En la base vemos cuatro figuras femeninas que aferran por el cuello a cuatro parejas de animales monstruosos -esfinges, carneros y leones- que representan la victoria de la fe en Cristo sobre las pasiones, los demonios y los pecados de la Babilonia a la que hace mención el libro del Apocalipsis (Ap 17,2-3). A continuación vemos un registro de temas vegetales y animales. La figura del vendimiador, que se repite varias veces en la columna, alude a la fecundidad de la tierra, al trabajo humano que sigue el ciclo de las estaciones y al vino de la eucaristía.

En la parte central, se narran las escenas de la Pasión de Cristo. De abajo a arriba: en el primer registro la traición de Judas y el prendimiento de Jesús, que es llevado ante Caifás, y Jesús sentado en un trono y escarnecido por los soldados, que le hacen reverencias; en el segundo registro, Jesús ante Pilato, que se lava las manos y la Crucifixión; en el registro superior la Resurrección y la Ascensión de Cristo.

Es interesante observar algunos detalles: en el registro inferior, a la derecha, puede verse una figura por tierra, pisada por los soldados, que por su original gorro ha sido identificada por algunos estudiosos como una representación del pueblo judío, implicado en la condena de Jesús. En la escena central cabe destacar el modo de representar las tres cruces del Gólgota: mayor la de Cristo y menores las de los ladrones. También las figuras de la Virgen y san Juan. Y personajes con instrumentos de la Pasión. En el registro superior, los soldados por tierra, dormidos, sirven

de base a la escena de la Ascensión, en la que Cristo asciende al cielo en una mandorla llevada por ángeles. Cristo en majestad pisa el arco iris, bendice y lleva el cetro del poder y el juicio.

Más arriba vemos un nuevo registro con temas vegetales, racimos y sarmientos. Una inscripción explica el significado simbólico: “Arbor poma gerit. Arbor ego lumina gesto. Porto libamina. Nuntio gaudia, sed die festo. Surrexit Christus. Nam talia munera p[rae] sto”. Que se traduce por: “El árbol produce frutos. Yo soy un árbol que da luz. Y traigo ofrendas. Anuncio la alegría en un día de fiesta. Cristo ha resucitado. Y yo ofrezco estos dones”. Así pues, esta columna de fuego es también un árbol de vida, como dice el texto de *Lumen fidei*: “Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos”.

En lo alto de la columna, inmediatamente debajo de la copa donde se ubica el cirio, vemos de nuevo ocho figuras de monstruos y quimeras esculpidos de manera alternada.

Este candelabro, columna conmemorativa de la Pasión y Resurrección de Cristo y, también, árbol que crece elevando al Señor y extendiendo su Palabra, nos recuerda que “la luz hace posible la vida. Hace posible el encuentro. Hace posible la comunicación. Hace posible el conocimiento, el acceso a la realidad, a la verdad. Y, haciendo posible el conocimiento, hace posible la libertad y el progreso. El mal se esconde. Por tanto, la luz es también una expresión del bien, que es luminosidad y crea luminosidad. Es el día en el que podemos actuar. El que Dios haya creado la luz significa que Dios creó el mundo como un espacio de conocimiento y de verdad, espacio para el encuentro y la libertad, espacio del bien y del amor. La materia prima del mundo es buena, el ser es bueno en sí mismo. Y el mal no proviene del ser, que es creado por Dios, sino que existe sólo en virtud de la negación. Es el «no»” (Homilía de Benedicto XVI, Vigilia Pascual, Sábado Santo, 7 de abril de 2012).

Gracias Helena, por esta preciosa presentación del candelabro pascual de la Basílica de san Pablo Extramuros, precisamente en el día en que celebramos la dedicación de este templo. Seguimos ahora leyendo la encíclica. Escuchamos el número 38:

> 38. La transmisión de la fe, que brilla para todos los hombres en todo lugar, pasa también por las coordenadas temporales, de generación en generación. Puesto que la fe nace de un encuentro que se produce en la historia e ilumina el camino a lo largo del tiempo, tiene necesidad de transmitirse a través de los siglos. Y mediante una cadena ininterrumpida de testimonios llega a nosotros el rostro de Jesús. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo podemos estar seguros de llegar al “verdadero Jesús” a través de los siglos? Si el hombre fuese un individuo aislado, si partiésemos solamente del “yo” individual, que busca en sí mismo la seguridad del conocimiento, esta certeza sería imposible. No puedo ver por mí

> mismo lo que ha sucedido en una época tan distante de la mía. Pero ésta no es la única manera que tiene el hombre de conocer. La persona vive siempre en relación. Proviene de otros, pertenece a otros, su vida se ensancha en el encuentro con otros. Incluso el conocimiento de sí, la misma autoconciencia, es relacional y está vinculada a otros que nos han precedido: en primer lugar nuestros padres, que nos han dado la vida y el nombre. El lenguaje mismo, las palabras con que interpretamos nuestra vida y nuestra realidad, nos llega a través de otros, guardado en la memoria viva de otros. El conocimiento de uno mismo sólo es posible cuando participamos en una memoria más grande. Lo mismo sucede con la fe, que lleva a su plenitud el modo humano de comprender. El pasado de la fe, aquel acto de amor de Jesús, que ha hecho germinar en el mundo una vida nueva, nos llega en la memoria de otros, de testigos, conservado vivo en aquel sujeto único de memoria que es la Iglesia. La Iglesia es una Madre que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe. San Juan, en su Evangelio, ha insistido en este aspecto, uniendo fe y memoria, y asociando ambas a la acción del Espíritu Santo que, como dice Jesús, "os irá recordando todo" (Jn 14,26). El Amor, que es el Espíritu y que mora en la Iglesia, mantiene unidos entre sí todos los tiempos y nos hace contemporáneos de Jesús, convirtiéndose en el guía de nuestro camino de fe.

La fe pasa de generación en generación, a través de coordenadas temporales. La fe, que nace de un encuentro, se transmite mediante "una cadena ininterrumpida de testimonios". Así llega hasta nosotros el verdadero rostro de Jesús. En este punto el papa insiste en el valor de la Iglesia, cuerpo vivo de Cristo, como garante de la verdad de nuestra fe. Para conocer al "verdadero Jesús" no tenemos que hacer un salto de 2000 años. Es imposible querer adquirir certeza así, individualmente: "No puedo ver por mí mismo lo que ha sucedido en una época tan distante de la mía. Pero el ser humano adquiere siempre su conocimiento de manera relacional, a través de otros. "El conocimiento de uno mismo sólo es posible cuando participamos en una memoria más grande". Todo nos llega a través de otros, "guardado en la memoria viva de otros". El lenguaje, la cultura, la ciencia, el arte… todo nos llega por este método. Y también la fe, que "lleva a su plenitud el modo humano de comprender". La Iglesia es Madre, que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe. También a través del arte cristiano, como estamos viendo. El Espíritu Santo es el garante de la unidad en el tiempo de las generaciones cristianas. El "mantiene unidos entre sí todos los tiempos y nos hace contemporáneos de Jesús". Ya lo había dicho genialmente Juan Pablo II: "No puede darse sincronía con Cristo -contemporaneidad, encuentro hoy- sin la diacronía de la Iglesia", sin la presencia a lo largo de la historia de su Cuerpo vivo y resucitado.

Bien, el segundo recurso artístico que os proponemos en esta sesión tiene que ver con todo esto. Ya al final del número anterior se comparaba la fe cristiana con "una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos". El candelabro pascual era símbolo de ese árbol que es la propia Iglesia. Veamos ahora otra representación del Arbol de la Vida. Seguimos en Roma, donde podemos admirar este mosaico cristiano. Nos lo presenta Helena.

MOSAICO DE SAN CLEMENTE DE ROMA

Contemplemos este maravilloso mosaico y escuchemos lo que escribió Gilbert Keith Chesterton cuando lo vio:

> "Sólo un loco puede estar frente a este mosaico y decir que nuestra fe no tiene vida o es un credo de muerte. En lo alto hay una nube de la que sale la mano de Dios que parece

clavarse en la tierra como una espada. En realidad es otro tipo de espada, porque su contacto no trae la muerte, sino la vida. Una vida que se libera e irrumpe en el aire, para que el mundo tenga, sí, la vida, pero la tenga en abundancia".

Este mosaico está ubicado en una de las basílicas más antiguas de Roma, la Basílica de san Clemente, que fue el tercer Papa después de San Pedro. Pero no es sólo una de las más antiguas iglesias de Roma; es también las más peculiar, porque se trata de una Basílica que está superpuesta a otra, y ésta a otra construcción y a otra más. Así, desde el punto de vista arquitectónico y arqueológico podemos ver la “diacronía” de la vida eclesial. La fe pasa por coordenadas temporales, pero en este caso también espaciales. Pero intentemos empezar desde el principio, o uno de los principios, de esta Basílica.

La Basílica de San Clemente está a cargo de los dominicos irlandeses desde el año 1667, cuando Inglaterra prohibió la Iglesia Católica irlandesa y expulsó a todo el clero. El Papa Urbano VIII les dio refugio en San Clemente, donde han permanecido desde entonces.

En 1857 el Padre Joseph Mullooly, O.P., entonces Prior de San Clemente, inició las excavaciones bajo la basílica actual, durante las cuales no sólo se descubrió,

en 1861, la basílica original del siglo IV, sino también restos de construcciones más antiguas, del siglo I en adelante.

Comenzando por el nivel más inferior, se encontraron los restos de la *domus* de un cónsul y mártir romano, Tito Flavio Clemente, que fue uno de los primeros senadores romanos en convertirse al cristianismo. Este cónsul permitió que su casa se usara como lugar de reunión secreto para sus hermanos cristianos, estando por entonces todavía prohibida esta religión.

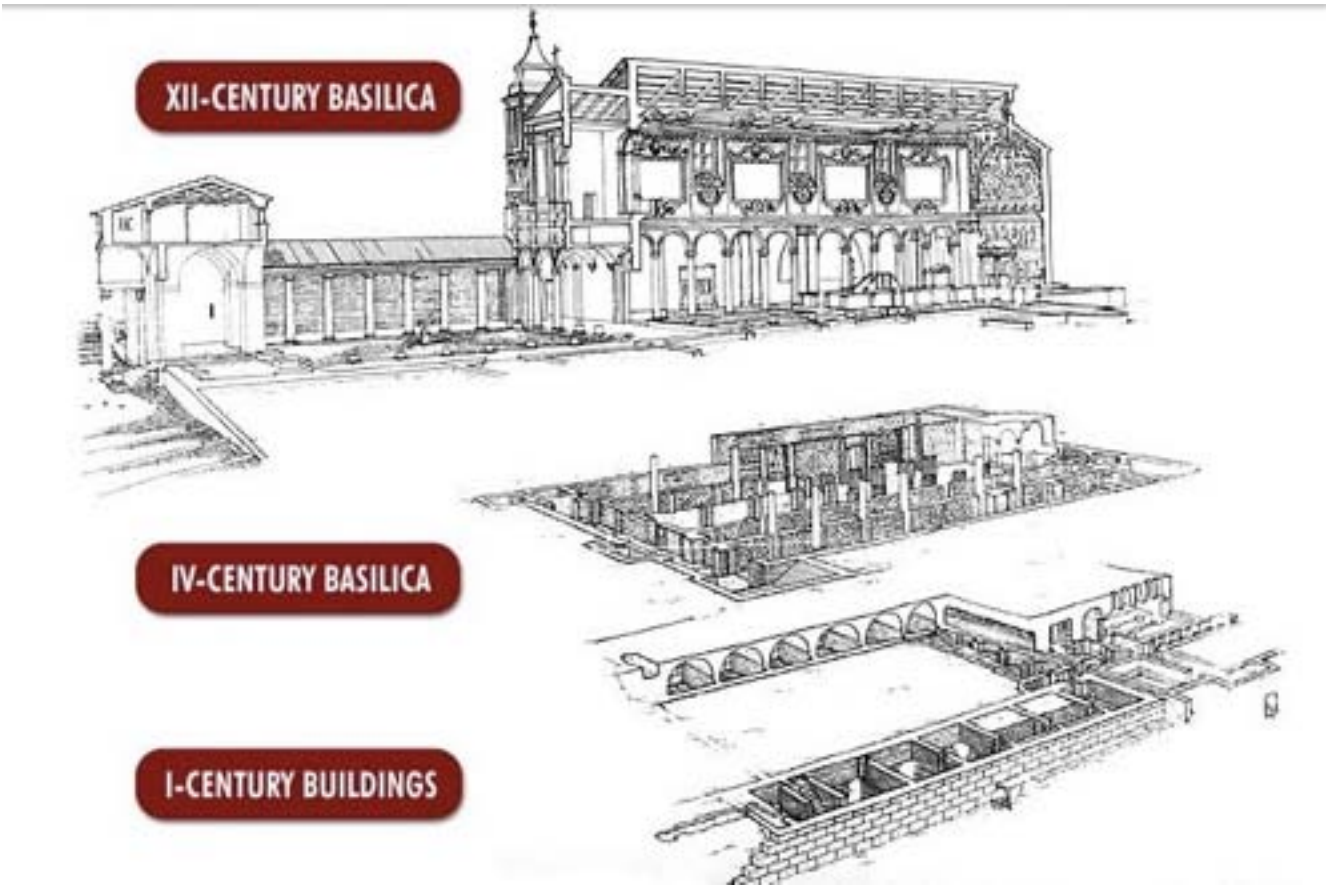
Si subimos un nivel, nos encontramos con un edificio imperial del que formaba parte un Mitreo o templo dedicado a Mitra. En la imagen podemos ver el altar dedicado a Mitra. Este templo, dedicado a rituales de iniciación, duró hasta el siglo III. Recordemos el modo en que se desenvolvía el culto a Mitra. El mitraísmo es una religión mistérica procedente de Oriente que causó furor en el Imperio Romano, entre los siglos I y IV, especialmente entre los soldados, llegando a convertirse en uno de los grandes rivales del cristianismo. En el año 391 la práctica del mitraísmo fue prohibida por el emperador Teodosio. El culto de Mitra se realizaba en el llamados “mitreo” (mithraeum”). Eran cavernas naturales o construcciones artificiales que las imitaban, oscuras y carentes de ventanas. Se trataba de espacios reducidos, a los que se accedía desde una antecámara. La cueva era una sala rectangular, decorada con pinturas, y dos largas bancadas a lo largo de las paredes para los banquetes sagrados. En el extremo de la cueva se hallaba el santuario, que albergaba el altar y una imagen del dios Mitra dando muerte a un toro. Podía tratarse de una pintura, una estatua o un relieve.

El rito de iniciación en el culto mitraico, en el que sólo podían participar varones, consistía en un banquete ritual y el sacrificio de un toro. Lo más llamativo para nosotros es el llamado “taurobolium” o bautismo en sangre de toro, que Prudencio describe así: el iniciando penetraba, desnudo

de cintura para arriba, en una fosa que se cubría a continuación con una plancha con orificios. Encima el oficiante mataba el toro con un cuchillo dotado de un saliente lateral a fin de provocar una gran hemorragia, de manera que un baño de sangre cayera sobre la cabeza del iniciando. Terminado el rito, los asistentes aclamaban al iniciado como un “hombre nuevo”. El simbolismo es claro: el bautismo de sangre confería una nueva vida, significaba la trasferencia a un orden existencial superior, ajeno al imperio de la fortuna, trascendente a la corrupción y a la muerte. Ahora bien, las inscripciones demuestran que el rito debía repetirse a los veinte años, sin que se sepa si se estimaba definitiva la segunda ceremonia.

Pues bien, ¿qué hicieron los arquitectos del siglo IV en san Clemente? Una vez abolido el culto mitraico, lo enterraron todo, hasta la altura del primer piso. Subiendo todo a este nivel, el patio que había en la época romana se convirtió en la nave central de la Basílica y las habitaciones de la domus en las dos naves laterales. Después se añadió el ábside.

En la imagen vemos los tres niveles que hay en san Clemente. Esto, que nos puede parecer raro, era una práctica muy común en Roma, sobre todo a causa de la “damnatio memoriae” (condena de la memoria). El caso más emblemático es la Domus Aurea (la Casa de Oro) de Nerón: tras la muerte de este emperador, la Domus Aurea era motivo de vergüenza para sus sucesores, que en diez años arrancaron todo el mármol, las joyas y el marfil. El palacio y el terreno que formaba parte de él (estamos hablando de 2,5 km² en total) se rellenaron con tierra y se construyó encima. Como curiosidad, el Anfiteatro Flavio (más conocido como Coliseo) está construido en el terreno que ocupaba el lago que Nerón había hecho construir en su palacio.



Una vez terminada, esta primera Basílica (la Basílica inferior) fue sede de concilios bajo los Papas Zósimo (417) y Símaco (499). Fue destruida durante la invasión de Roma a manos de Roberto el Guiscardo (1084), aventurero normando y uno de los protagonistas de la conquista normanda de Italia. Los restos, que peligraban, fueron rellenados con piedras hasta la parte superior de las columnas que delimitaban las tres naves y, sobre éstas, se construyó otra Basílica, que es la que vemos hoy en cuanto entramos. La hizo construir Pascual II hacia el año 1108 y después, en el siglo XVIII, fue transformada bajo Clemente XI por obra de Carlo Stefano Fontana.

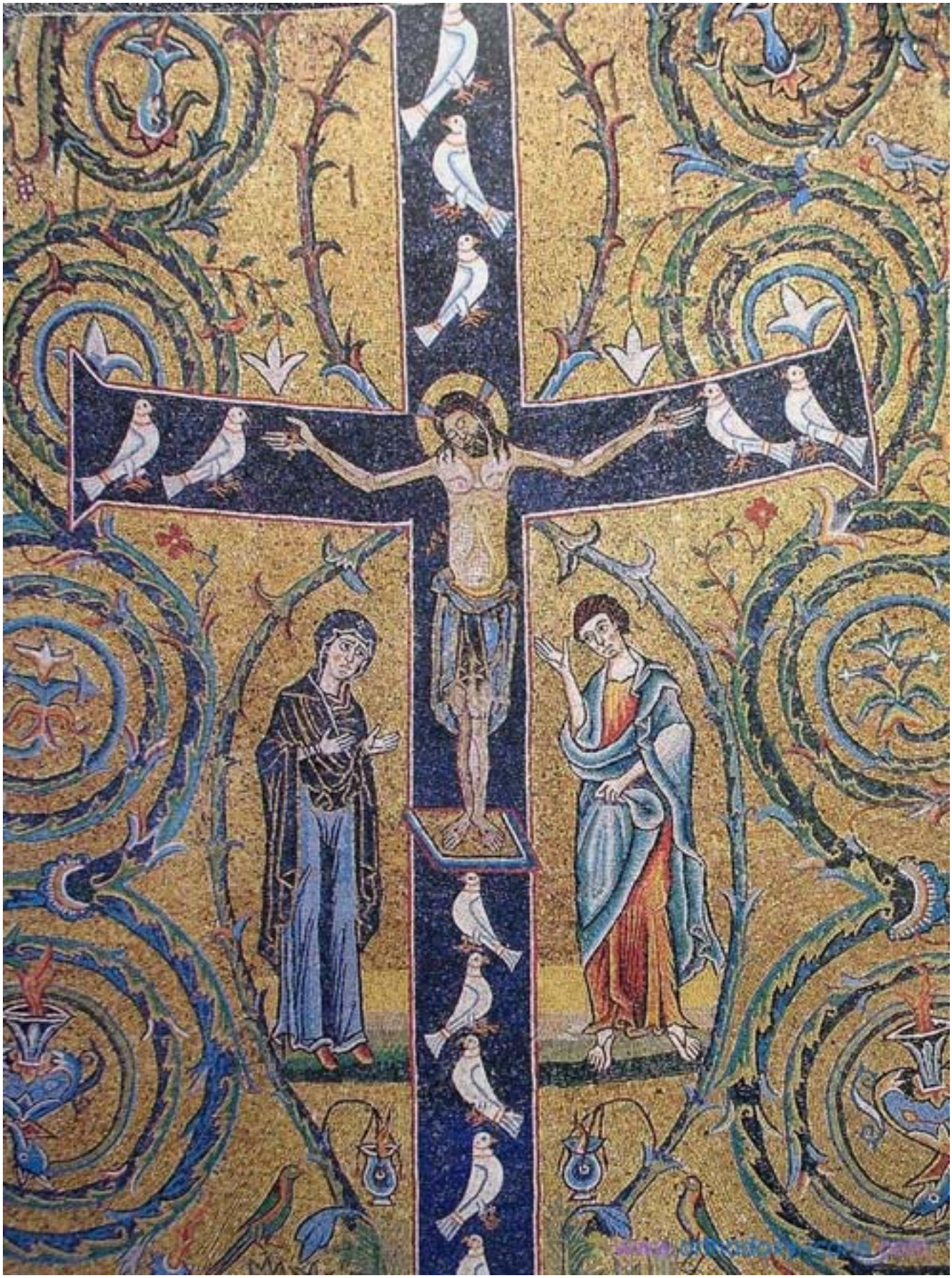
Pero, ¿qué sabemos de la vida de San Clemente? La verdad es que de su vida se sabe poco. Según la lista más antigua de obispos de Roma, fue el tercer sucesor de San Pedro. Fue autor, también, de una famosa *Carta a los Corintios*, escrita hacia el año 96, con el objeto de poner fin a una serie de desórdenes acaecidos dentro de la Iglesia de Corinto.

Se le honra como mártir: según documentos del siglo IV, durante el Imperio de Trajano (98-117) fue condenado al exilio en Crimea y a trabajos forzados en las minas. Su actividad misionera entre los soldados y los compañeros de encarcelamiento tuvo tanto éxito que los romanos decidieron atarlo a un ancla y tirarlo al Mar Negro. Poco después las aguas se retiraron y revelaron una tumba descubierta por los ángeles, los cuales había recuperado el cuerpo del santo y le había dado sepultura. Una vez al año, por una milagrosa retirada de la marea, esta tumba reaparecía. En una de estas ocasiones, un niño fue tragado por la marea pero fue hallado el año siguiente por su madre, sano y salvo en la tumba del Santo.

Pero vayamos al mosaico que queremos comentar. Este mosaico evoca esa cadena ininterrumpida que es la vida de la Iglesia, que parte de la Cruz que tenemos en pantalla y que en las ramificaciones de la planta de acanto que crece, magnífica, debajo de la Cruz, se extiende por todo el ábside, incluyendo en un todo las imágenes que lo forman.

El icono bíblico de referencia es la vid y los sarmientos, y esto lo sabemos por las palabras escritas en la base: “Ecclesiam Christi viti similabimus isti de ligno crucis Jacobi dens, Ignatiiq[ue] insupra scripti requiescunt corpore Christi quam lex arentem, sed crux facit esse virentem”, cuya traducción sería: "Comparamos la Iglesia de Dios a esta vid, que la ley seca pero que la cruz vivifica. Un fragmento de la cruz verdadera, un diente de Santiago y uno de San Ignacio se conservan en el lugar concreto donde se representa a Jesucristo encima de esta inscripción”.

De esta vid salen los sarmientos, las ramas, que se extienden por toda la superficie, y donde se representan escenas de la vida diaria: todos los hombres y la creación misma encuentran su significado, su razón de ser, la vida, en esta planta. Esta imagen está justo sobre el Altar, signo de la relación de Dios con la creación y con la Iglesia, donde se ofrece cada día el sacrificio de la Eucaristía. El Misterio representado en el ábside toma cuerpo, se vuelve real en el altar.



En el centro podemos ver la Cruz, el elemento que da significado y vida a todo. No es símbolo de muerte, sino de la Redención. Es como un trono desde el que Cristo nos llama a todos a ir hacia Él.

A su lado, la Virgen María y San Juan. En la Cruz, doce palomas blancas, símbolo de los doce Apóstoles que han llevado al mundo la Buena Nueva.

Encima de la inscripción podemos ver escenas de la vida cotidiana: una mujer que da de comer a los pollos; algunos pastores con su grey; cazadores con sus armas. Es la vida del cristiano común, del cristiano que cada día desarrolla su trabajo bajo el signo de la cruz, de la Redención.

Entre las escenas de la vida diaria podemos ver unos pavos reales: en la iconografía cristiana son el símbolo de la resurrección e inmortalidad del alma. Hay también dos ciervos bebiendo, que nos recuerdan el Salmo 42: “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a Ti, Dios mío".

En la base de la cruz, en las ramificaciones de la planta, cuatro doctores de la Iglesia de Occidente. Empezando por la izquierda: Agustín, Jerónimo, Gregorio, Ambrosio. Entre ellos, escenas de vida familiar, a derecha y a izquierda, de los benefactores de la obra: el padre y la esposa con los hijos. Las otras figuras: un personaje con tonsura que da de comer a un ave (el capellán de la familia, según algunos estudiosos) y al otro extremo, otro personaje que también da de comer a un ave.

En el ápice de la cúpula vemos el monograma de Jesucristo en un disco elíptico: la victoria de Cristo sobre la muerte por medio de la cruz. Bajo el monograma una serie de semicírculos ondulados representan el cielo abierto con la mano del Padre Omnipotente que entrega al Hijo una corona, símbolo de la victoria.

Por debajo de la inscripción, hay doce corderos que van hacia el Cordero de Dios, en el centro con la aureola. Los corderos salen de dos ciudades: la de la izquierda es Belén, la ciudad de nacimiento (se pueden ver dos niños, uno de ellos en unos escalones); la de la derecha, Jerusalén (sobre la puerta se puede ver una cruz y debajo un gallo).

En lo alto vemos el Pantocrátor representando a Jesús Maestro, pues lleva el libro abierto. Está adorado por los cuatro evangelista, representados por sus símbolos.

Por debajo, profetas y mártires. San Pablo que enseña a San Lorenzo a seguir la Cruz de Cristo. San Lorenzo tiene en la mano una cruz y bajo sus pies la parrilla de

su martirio. Por debajo, el profeta Isaías con el rótulo de la profecía: "He visto al Señor sentado en el trono" (6,1). A la derecha, San Pedro que instruye a San Clemente. San Clemente sostiene un ancla; se pueden ver también una barca y algunos peces, en alusión a su martirio. Por debajo, el profeta Jeremías sostiene el rótulo de su secretario Baruc: “Este es nuestro Dios, ningún otro es comparable a él” (Bar 3,36).

Nos despedimos de esta imagen con palabras de Benedicto XVI en la catequesis del 31 de octubre de 2012:

> “Desearía hoy dar un paso más en nuestra reflexión, partiendo otra vez de algunos interrogantes: ¿la fe tiene un carácter sólo personal, individual? ¿Interesa sólo a mi persona? ¿Vivo mi fe solo? Cierto: el acto de fe es un acto eminentemente personal que sucede en lo íntimo más profundo y que marca un cambio de dirección, una conversión personal: es mi existencia la que da un vuelco, la que recibe una orientación nueva (…).
>
> Y también hoy la respuesta es en singular: «Creo». Pero este creer mío no es el resultado de una reflexión solitaria propia, no es el producto de un pensamiento mío, sino que es fruto de una relación, de un diálogo, en el que hay un escuchar, un recibir y un responder; comunicar con Jesús es lo que me hace salir de mi «yo» encerrado en mí mismo para abrirme al amor de Dios Padre. Es como un renacimiento en el que me descubro unido no sólo a Jesús, sino también a cuantos han caminado y caminan por la misma senda (…).
>
> No puedo construir mi fe personal en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me es donada por Dios a través de una comunidad creyente que es la Iglesia y me introduce así, en la multitud de los creyentes, en una comunión que no es sólo sociológica, sino enraizada en el eterno amor de Dios que en Sí mismo es comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es Amor trinitario. Nuestra fe es verdaderamente personal sólo si es también comunitaria: puede ser mi fe sólo si se vive y se mueve en el «nosotros» de la Iglesia, sólo si es nuestra fe, la fe común de la única Iglesia (…).
>
> Los domingos, en la santa misa, recitando el «Credo», nos expresamos en primera persona, pero confesamos comunitariamente la única fe de la Iglesia. Ese «creo» pronunciado singularmente se une al de un inmenso coro en el tiempo y en el espacio, donde cada uno contribuye, por así decirlo, a una concorde polifonía en la fe”.

Chesterton decía en el texto que hemos leído al principio que ésta es la imagen de la vida, pero de la vida sobreabundante. Y esta sobreabundancia la podemos ver en estas ramas, en esta profusión de dorado, de azul, de verde, de escenas que vemos en el ábside. Pero la sobreabundancia nos viene de la imagen central, de la Cruz. Y la fe nos viene de la Cruz, del rostro de Cristo, que no vemos físicamente, pero que sí vemos en las personas o en los signos que nos rodean: en la Eucaris-

tía (no es casual que está imagen esté encima del Altar, recordándonos que en la Misa cada día Cristo se sacrifica por nosotros, pero también resucita por nosotros), en los Evangelios y la Palabra de Dios y "mediante una cadena ininterrumpida de testimonios" que nos traen el rostro de Jesús. Porque el cristiano vive en relación y es en esa relación "que su vida se ensancha en el encuentro con otros", del mismo modo que la planta de acanto se expande por el muro del ábside. Las plantas se fortalecen si las nutrimos, si tienen luz. La fe del cristiano, como dijo Juan Pablo II en *Redemptoris Missio*, "se fortalece dándola", compartiéndola, en su relación con los otros, pasados y presentes, y en su relación diaria con Cristo a través de la Iglesia.

Gracias, Helena. Tu último comentario enlaza con el número 39 de *Lumen fidei*, que leemos:

> 39. Es imposible creer cada uno por su cuenta. La fe no es únicamente una opción individual que se hace en la intimidad del creyente, no es una relación exclusiva entre el "yo" del fiel y el "Tú" divino, entre un sujeto autónomo y Dios. Por su misma naturaleza, se abre al "nosotros", se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia. Nos lo recuerda la forma dialogada del Credo, usada en la liturgia bautismal. El creer se expresa como respuesta a una invitación, a una palabra que ha de ser escuchada y que no procede de mí, y por eso forma parte de un diálogo; no puede ser una mera confesión que nace del individuo. Es posible responder en primera persona, "creo", sólo porque se forma parte de una gran comunión, porque también se dice "creemos". Esta apertura al "nosotros" eclesial refleja la apertura propia del amor de Dios, que no es sólo relación entre el Padre y el Hijo, entre el "yo" y el "tú", sino que en el Espíritu, es también un "nosotros", una comunión de personas. Por eso, quien cree nunca está solo, porque la fe tiende a difundirse, a compartir su alegría con otros. Quien recibe la fe descubre que las dimensiones de su "yo" se ensanchan, y entabla nuevas relaciones que enriquecen la vida. Tertuliano lo ha expresado incisivamente, diciendo que el catecúmeno, "tras el nacimiento nuevo por el bautismo", es recibido en la casa de la Madre para alzar las manos y rezar, junto a los hermanos, el Padrenuestro, como signo de su pertenencia a una nueva familia.

Aparecen aquí dos nuevas imágenes: la del Bautismo y la del Orante. En ellas vamos a centrarnos en la segunda parte de esta sesión. Pero antes leemos juntos el número 40:

> 40. La Iglesia, como toda familia, transmite a sus hijos el contenido de su memoria. ¿Cómo hacerlo de manera que nada se pierda y, más bien, todo se profundice cada vez más en el patrimonio de la fe? Mediante la tradición apostólica, conservada en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo, tenemos un contacto vivo con la memoria fundante. Como afirma el Concilio ecuménico Vaticano II, "lo que los Apóstoles transmitieron comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del Pueblo de Dios; así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree".
>
> En efecto, la fe necesita un ámbito en el que se pueda testimoniar y comunicar, un ámbito adecuado y proporcionado a lo que se comunica. Para transmitir un contenido meramente doctrinal, una idea, quizás sería suficiente un libro, o la reproducción de un mensaje oral. Pero lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndola a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros. Para transmitir esta riqueza hay un medio

particular, que pone en juego a toda la persona, cuerpo, espíritu, interioridad y relaciones. Este medio son los sacramentos, celebrados en la liturgia de la Iglesia. En ellos se comunica una memoria encarnada, ligada a los tiempos y lugares de la vida, asociada a todos los sentidos; implican a la persona, como miembro de un sujeto vivo, de un tejido de relaciones comunitarias. Por eso, si bien, por una parte, los sacramentos son sacramentos de la fe, también se debe decir que la fe tiene una estructura sacramental. El despertar de la fe pasa por el despertar de un nuevo sentido sacramental de la vida del hombre y de la existencia cristiana, en el que lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno.

La encíclica insiste en estos dos números en el "nosotros" de la fe, en la maternidad de la Iglesia que nos engendra por el Bautismo y en la que aprendemos a orar elevando nuestras manos. La fe es una vida nueva, y por eso no basta para transmitirla un libro o un mensaje. Para comunicar una vida es necesaria otra vida. Y aquí es donde entran en juego los sacramentos de la Iglesia: "en ellos se comunica una memoria encarnada, ligada a los tiempos y lugares de la vida, asociada a todos los sentidos". El sacramento "pone en juego a toda la persona, cuerpo, espíritu, interioridad y relaciones". Por medio de signos visibles, que "tocan" a la persona, se nos comunica la gracia invisible, la vida nueva de Cristo.

En efecto, Cristo es la fuente de los sacramentos. Su costado abierto, del que manaron agua y sangre, ha sido interpretado siempre en la tradición cristiana como la fuente de la gracia, de la que brotan el Bautismo (el agua) y la Eucaristía (la sangre). Del mismo modo que del costado dormido de Adán en el Paraíso Dios formó a Eva, "carne de su carne y hueso de sus huesos", del costado abierto por la lanza de Cristo en la Cruz ha sido engendrada la Iglesia. Del nuevo Adán nace la nueva Eva. En esta imagen vemos el costado abierto de Cristo en la cruz. A su lado el soldado que lo atravesó con su lanza, al que la tradición posterior dio el nombre de Longinos, y del que dijo que siendo ciego curó al recibir sobre sus ojos la sangre del Salvador.

La imagen de la página anterior pertenece al retablo que Jaime Serra realizó para la Sala Capitular del Monasterio del Santo Sepulcro en Zaragoza.

Encontramos la misma escena en una miniatura de la Crucifixión de los Evangelios de Rábula datados en el año 586, donde vemos el nombre de Longinos escrito sobre el soldado que porta la lanza. O en este Cristo Crucificado de Duccio que tenemos a la derecha.

O también en la célebre Crucifixión Mond de Rafael -abajo-, en la que podemos ver a los ángeles recogiendo la sangre de las heridas de los clavos y del costado en cálices.

Dice el *Catecismo de la Iglesia Católica* en el número 766, citando a san Ambrosio:

> "Pero la Iglesia ha nacido principalmente del don total de Cristo por nuestra salvación, anticipado en la institución de la Eucaristía y realizado en la cruz. El agua y la sangre que brotan del costado abierto de Jesús crucificado son signo de este comienzo y crecimiento. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia". Del mismo modo que Eva fue formada del costado de Adán adormecido, así la Iglesia nació del corazón traspasado de Cristo muerto en la cruz (cf. San Ambrosio, *Expositio evangelii secundum Lucam*, 2, 85-89)".

Pero Cristo también es representado como la fuente de la gracia y de los sacramentos conforme a otras tipologías. Así lo vemos, por ejemplo, en el célebre retablo de *La fuente de la gracia y triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga* de Jan van Eyck, conservado en el Museo del Prado.

Aquí la fuente de la gracia mana de Cristo, sentado en majestad, con el Cordero a sus pies. A su lado la Virgen y San Juan. Desde lo alto desciende por varios canales el agua de la vida, imagen del Bautismo, en la que flotan formas sagradas, la Eucaristía. Junto a la pila, el Papa y otros personajes eclesiásticos y civiles, en representación del triunfo de la Iglesia. A la derecha, la Sinagoga derrotada.

Los sacramentos de Cristo nutren la fe, pero dice *Lumen fidei* que “también la fe tiene una estructura sacramental. El despertar de la fe pasa por el despertar de un nuevo sentido sacramental de la vida del hombre y de la existencia cristiana, en el que lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno”. En efecto, para el cristiano que recibe ojos nuevos, los ojos de la fe, toda la realidad se vuelve epifanía de Dios.

Pero tenemos que seguir leyendo:

> 41. La transmisión de la fe se realiza en primer lugar mediante el bautismo. Pudiera parecer que el bautismo es sólo un modo de simbolizar la confesión de fe, un acto pedagógico para quien tiene necesidad de imágenes y gestos, pero del que, en último término, se podría prescindir. Unas palabras de san Pablo, a propósito del bautismo, nos recuerdan que no es así. Dice él que “por el bautismo fuimos sepultados en él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva” (Rm 6,4). Mediante el bautismo nos convertimos en criaturas nuevas y en hijos adoptivos de Dios. El Apóstol afirma después que el cristiano ha sido entregado a un “modelo de doctrina” (*typos didachés*), al que obedece de corazón (cf. Rm 6,17). En el bautismo el hombre recibe también una doctrina que profesar y una forma concreta de vivir, que implica a toda la persona y la pone en el camino del bien. Es transferido a un ámbito nuevo, colocado en un nuevo ambiente, con una forma nueva de actuar en común, en la Iglesia. El bautismo nos recuerda así que la fe no es obra de un individuo aislado, no es un acto que el hombre pueda realizar contando sólo con sus fuerzas, sino que tiene que ser recibida, entrando en la comunión eclesial que transmite el don de Dios: nadie se bautiza a sí mismo, igual que nadie nace por su cuenta. Hemos sido bautizados.

El bautismo cristiano, dice *Lumen fidei*, no es un mero símbolo, una imagen. Es un sacramento, “signo eficaz de salvación”. Por el Bautismo pasamos de la muerte a la vida y somos “transferidos a un ámbito nuevo”, la Iglesia. Veamos ahora algunas imágenes de baptisterios del primer milenio cristiano.

Como es bien sabido, el Bautismo puede administrarse por inmersión -sumergiéndose en el agua- o por efusión, es decir, derramando agua sobre la cabeza del neófito. En ambos casos el acto de bautizar se realiza mediante la invocacion de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu. En los primeros siglos el bautismo de adultos solía realizarse mediante inmersión. Los baptisterios de esta época que conocemos son pequeñas piscinas a las que el bautizando descendía bajando unos escalonas, y de las que emergía por otros escalones en el lado opuesto. Descender y sumergirse en las aguas bautismales evocaba la muerte; ascender, la resurrección.

Los baptisterios cristianos estaban bellamente decorados, con el signo de la cruz, con escenas bíblicas, inscripciones, temas vegetales y marinos, aves… En la siguiente imagen vemos una piscina bautismal del norte de Africa en la que se hace referencia al obispo Cipriano.

El neófito renunciaba al mal mirando a occidente -signo de pecado y de muerte- y confesaba la fe, recitando el Credo, mirando a oriente. Una vez bautizado se revestía con una túnica blanca, signo de la pureza y limpieza del pecado. El cristiano es una criatura nueva, revestida de Cristo.

En ocasiones los baptisterios tenían forma octogonal, evocando los siete días de la creación y el octavo día, el día de la resurrección y símbolo del tiempo que entra en la eternidad. En la imagen de la página siguiente vemos una piscina bautismal moderna con forma octogonal.

Pero sigamos leyendo *Lumen fidei*. El número 42 recuerda los elementos del bautismo y sus efectos en la vida del bautizado.

42. ¿Cuáles son los elementos del bautismo que nos introducen en este nuevo "modelo de doctrina"? Sobre el catecúmeno se invoca, en primer lugar, el nombre de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se le presenta así desde el principio un resumen del camino de la fe. El Dios que ha llamado a Abrahán y ha querido llamarse su Dios, el Dios que ha revelado su nombre a Moisés, el Dios que, al entregarnos a su Hijo, nos ha revelado plenamente el misterio de su Nombre, da al bautizado una nueva condición filial. Así se ve claro el sentido de la acción que se realiza en el bautismo, la inmersión en el agua: el agua es símbolo de muerte, que nos invita a pasar por la conversión del "yo", para que pueda abrirse a un "Yo" más grande; y a la vez es símbolo de vida, del seno del que renacemos para seguir a Cristo en su nueva existencia. De este modo, mediante la inmersión en el agua, el bautismo nos habla de la estructura encarnada de la fe. La acción de Cristo nos toca en nuestra realidad personal, transformándonos radicalmente, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, partícipes de su naturaleza divina; modifica así todas nuestras relaciones, nuestra forma de estar en el mundo y en el cosmos, abriéndolas a su misma vida de comunión. Este dinamismo de transformación propio del bautismo nos ayuda a comprender la importancia que tiene hoy el catecumenado para la nueva evangelización, también en las sociedades de antiguas raíces cristianas, en las cuales cada vez más adultos se acercan al sacramento del bautismo. El catecumenado es camino de preparación para el bautismo, para la transformación de toda la existencia en Cristo.

Un texto del profeta Isaías, que ha sido relacionado con el bautismo en la literatura cristiana antigua, nos puede ayudar a comprender la conexión entre el bautismo y la fe: "Tendrá su alcázar en un picacho rocoso… con provisión de agua" (Is 33,16). El bautizado, rescatado del agua de la muerte, puede ponerse en pie sobre el "picacho rocoso", porque ha encontrado algo consistente donde apoyarse. Así, el agua de muerte se transforma en agua de vida. El texto griego lo llama agua pistós, agua "fiel". El agua del bautismo es fiel porque se puede confiar en ella, porque su corriente introduce en la dinámica del amor de Jesús, fuente de seguridad para el camino de nuestra vida.

El siguiente número comenta la importancia y conveniencia del bautismo de niños, que son incorporados a la comunidad cristiana mediante la fe de los padres, la fe de la Iglesia.

43. La estructura del bautismo, su configuración como nuevo nacimiento, en el que recibimos un nuevo nombre y una nueva vida, nos ayuda a comprender el sentido y la importancia del bautismo de niños, que ilustra en cierto modo lo que se verifica en todo bautismo. El niño no es capaz de un acto libre para recibir la fe, no puede confesarla todavía personalmente y, precisamente por eso, la confiesan sus padres y padrinos en su nombre. La fe se vive dentro de la comunidad de la Iglesia, se inscribe en un "nosotros" comunitario. Así, el niño es sostenido por otros, por sus padres y padrinos, y es acogido en la fe de ellos, que es la fe de la Iglesia, simbolizada en la luz que el padre enciende en el cirio durante la liturgia bautismal. Esta estructura del bautismo destaca la importancia de

la sinergia entre la Iglesia y la familia en la transmisión de la fe. A los padres corresponde, según una sentencia de san Agustín, no sólo engendrar a los hijos, sino también llevarlos a Dios, para que sean regenerados como hijos de Dios por el bautismo y reciban el don de la fe. Junto a la vida, les dan así la orientación fundamental de la existencia y la seguridad de un futuro de bien, orientación que será ulteriormente corroborada en el sacramento de la confirmación con el sello del Espíritu Santo.

Pero la máxima expresión de la naturaleza sacramental de la fe cristiana es la Eucaristía, presencia real de Cristo, alimento y don que da vida. En el sacramento eucarístico se unen pasado, presente y futuro y también el mundo visible y el invisible."En la eucaristía aprendemos a ver la profundidad de la realidad". Leemos el siguiente número:

> 44. La naturaleza sacramental de la fe alcanza su máxima expresión en la eucaristía, que es el precioso alimento para la fe, el encuentro con Cristo presente realmente con el acto supremo de amor, el don de sí mismo, que genera vida. En la eucaristía confluyen los dos ejes por los que discurre el camino de la fe. Por una parte, el eje de la historia: la eucaristía es un acto de memoria, actualización del misterio, en el cual el pasado, como acontecimiento de muerte y resurrección, muestra su capacidad de abrir al futuro, de anticipar la plenitud final. La liturgia nos lo recuerda con su hodie, el "hoy" de los misterios de la salvación. Por otra parte, confluye en ella también el eje que lleva del mundo visible al invisible. En la eucaristía aprendemos a ver la profundidad de la realidad. El pan y el vino se transforman en el Cuerpo y Sangre de Cristo, que se hace presente en su camino pascual hacia el Padre: este movimiento nos introduce, en cuerpo y alma, en el movimiento de toda la creación hacia su plenitud en Dios.

Como imagen de la Eucaristía hemos escogido el célebre mosaico de Tabgha, en la iglesia custodiada por los monjes benedictinos a orillas del lago de Tiberíades.

Sobre el suelo del templo puede verse esta imagen, que evoca el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Junto a los dos peces, un cesto con cuatro panes marcados por la cruz. El quinto pan es Jesús mismo. De esta manera tan sencilla los cristianos recordaban el milagro de Jesús y evocaban la eucaristía.

Pero el sacramento va unido a la profesión de la fe, al Credo, del que habla el siguiente número de *Lumen fidei:*

> 45. En la celebración de los sacramentos, la Iglesia transmite su memoria, en particular mediante la profesión de fe. Ésta no consiste sólo en asentir a un conjunto de verdades abstractas. Antes bien, en la confesión de fe, toda la vida se pone en camino hacia la comunión plena con el Dios vivo. Podemos decir que en el Credo el creyente es invitado a entrar en el misterio que profesa y a dejarse transformar por lo que profesa. Para entender el sentido de esta afirmación, pensemos antes que nada en el contenido del Credo. Tiene una estructura trinitaria: el Padre y el Hijo se unen en el Espíritu de amor. El creyen-

te afirma así que el centro del ser, el secreto más profundo de todas las cosas, es la comunión divina. Además, el Credo contiene también una profesión cristológica: se recorren los misterios de la vida de Jesús hasta su muerte, resurrección y ascensión al cielo, en la espera de su venida gloriosa al final de los tiempos. Se dice, por tanto, que este Dios comunión, intercambio de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu, es capaz de abrazar la historia del hombre, de introducirla en su dinamismo de comunión, que tiene su origen y su meta última en el Padre. Quien confiesa la fe, se ve implicado en la verdad que confiesa. No puede pronunciar con verdad las palabras del Credo sin ser transformado, sin inserirse en la historia de amor que lo abraza, que dilata su ser haciéndolo parte de una comunión grande, del sujeto último que pronuncia el Credo, que es la Iglesia. Todas las verdades que se creen proclaman el misterio de la vida nueva de la fe como camino de comunión con el Dios vivo.

Confesión trinitaria, cristológica y eclesial, el Credo nos inserta en una historia de amor, en la gran comunión de la Iglesia. Para acompañar estas afirmaciones hemos elegido la imagen de un fresco que se encuentra en la Iglesia bizantina de san Nicolás de Mira (actual Demre) en Turquía. En él podemos ver a este santo durante la asamblea del concilio de Nicea del año 325, que fue el primer concilio ecuménico del mundo cristiano y en el cual se estableció el texto del primer *Credo*.

San Nicolás de Mira (así conocido en Oriente, por su lugar de fallecimiento) o de Bari (como es conocido en Occidente, por el lugar donde fueron trasladados sus restos) fue un obispo que vivió en el siglo IV. En oriente lo llaman Nicolás de Mira, por la ciudad donde ejerció su ministerio episcopal, pero en occidente se le llama Nicolás de Bari, porque cuando los musulmanes conquistaron Turquía, un grupo de católicos romanos sacó de allí en secreto las reliquias del santo y se las llevó a la ciudad de Bari, en Italia. Su figura ha dado origen a la tradición de Santa Claus y Papá Noel.

En realidad poco se sabe de su historia, que pronto fue superada por la leyenda. Se cuenta, por ejemplo, que el mismo día de su nacimiento se mantuvo de pie, solo, en la cuba que llenaron de agua para darle el primer baño. En realidad, parece ser que provenía de una familia adinerada de Patara, en la región de Licia; y que desde niño se destacó por su carácter piadoso y generoso. Al morir sus padres repartió toda su fortuna entre los pobres y se fue a vivir a Mira, donde sería consagrado obispo de una forma muy curiosa: varios sacerdotes y obispos se encontraban discutiendo sobre quién sería el futuro obispo, pues el anterior había fallecido. Al no ponerse de acuerdo se decidió que fuera el próximo sacerdote que entrase en el templo que casualmente fue Nicolás.

Los dos episodios más conocidos de su leyenda son el episodio de las tres jóvenes casaderas y el milagro de los tres muchachos resucitados. La leyenda de las tres doncellas cuenta que un noble reducido a la indigencia no tenía otra salida que prostituir a sus tres hijas. San Nicolás las salvó de la deshonra arrojando tres bolsas llenas de oro a través de la ventana de su casa, lo que permitió que las tres jóvenes se casaran.

El otro milagro cuenta que un día se apareció en sueños al emperador Constantino al tener noticia de que éste había encarcelado y condenado injustamente a muerte a tres de sus oficiales, Nepociano, Urso y Apilión, acusados por envidia de traición.

En Occidente, el suceso con mayor predicamento tenía que ver con tres estudiantes (en ocasiones transformados en tres monaguillos y de forma frecuente simplemente en tres niños) a los que un posadero había asesinado, desmembrado e introducido en una cuba de sal para conservarlos y posteriormente servirlos como carne a sus clientes. San Nicolás, que hizo un alto en la posada durante su viaje a Nicea, fue milagrosamente advertido del crimen cuando iba a comer del plato servido por el hospedero, bajó al sótano, remembró y resucitó a los tres jóvenes. No faltan tampoco, dentro de su mitografía, otros episodios que tienen el mar como protagonista en los que el santo evita naufragios al amainar tempestades, lo que le valió ser nombrado patrono de los marinos.

En este fresco, como en todo el arte bizantino, san Nicolás aparece con la cabeza descubierta dejando ver su calva pronunciada, que contrasta con una abundante barba blanca. Viste el típico *felonion* o casulla amplia de los prelados de la Iglesia Ortodoxa sobre el que figura el *omoforion* blanco (a veces decorado con cruces), símbolo propio de los obispos griegos. Por todo atributo, con la mano izquierda velada sostiene el libro de los Evangelios, mientras bendice con la mano derecha.

En cambio, en las representaciones occidentales es representado como obispo de la Iglesia de Roma, con la cabeza cubierta por la mitra y sosteniendo el báculo episcopal con una de las manos. Durante el gótico se desarrollan algunos atributos que hacen reconocible su identidad, símbolos que son tomados de los episodios fundamentales de su vida o que indican algunas de sus atribuciones: se le representa a veces con un ancla, destacando su papel de patrón de los marineros; llevando tres esferas doradas sobre los Evangelios en alusión a la dote otorgada a las tres doncellas o acompañado de una pequeña cuba de madera de la que emergen los cuerpos de los tres niños a los que resucitó y rescató de la tina de sal.

Al igual que en las sesiones del Concilio de Nicea san Nicolás se erigió en defensor del dogma trinitario, el número tres es la constante que se repite en sus milagros más representativos: tres

son las doncellas a las que libra de la prostitución, tres los niños que resucita de la cuba de sal, como tres son las Personas de la Trinidad proclamadas por los padres conciliares.

Leemos ahora el siguiente número, en el que el Papa completa la enumeración de los elementos esenciales de la fe refiriéndose a la oración y el decálogo:

> 46. Otros dos elementos son esenciales en la transmisión fiel de la memoria de la Iglesia. En primer lugar, la oración del Señor, el Padrenuestro. En ella, el cristiano aprende a compartir la misma experiencia espiritual de Cristo y comienza a ver con los ojos de Cristo. A partir de aquel que es luz de luz, del Hijo Unigénito del Padre, también nosotros conocemos a Dios y podemos encender en los demás el deseo de acercarse a él.
>
> Además, es también importante la conexión entre la fe y el decálogo. La fe, como hemos dicho, se presenta como un camino, una vía a recorrer, que se abre en el encuentro con el Dios vivo. Por eso, a la luz de la fe, de la confianza total en el Dios Salvador, el decálogo adquiere su verdad más profunda, contenida en las palabras que introducen los diez mandamientos: "Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto" (Ex 20,2). El decálogo no es un conjunto de preceptos negativos, sino indicaciones concretas para salir del desierto del "yo" autorreferencial, cerrado en sí mismo, y entrar en diálogo con Dios, dejándose abrazar por su misericordia para ser portador de su misericordia. Así, la fe confiesa el amor de Dios, origen y fundamento de todo, se deja llevar por este amor para caminar hacia la plenitud de la comunión con Dios. El decálogo es el camino de la gratitud, de la respuesta de amor, que es posible porque, en la fe, nos hemos abierto a la experiencia del amor transformante de Dios por nosotros. Y este camino recibe una nueva luz en la enseñanza de Jesús, en el Discurso de la Montaña (cf. Mt 5-7).
>
> He tocado así los cuatro elementos que contienen el tesoro de memoria que la Iglesia transmite: la confesión de fe, la celebración de los sacramentos, el camino del decálogo, la oración. La catequesis de la Iglesia se ha organizado en torno a ellos, incluido el *Catecismo de la Iglesia Católica*, instrumento fundamental para aquel acto unitario con el que la Iglesia comunica el contenido completo de la fe, "todo lo que ella es, todo lo que cree".

Para ilustrar este punto de la encíclica vamos a ver brevemente la figura del orante, tal como aparece en el arte cristiano de los primeros siglos. Damos de nuevo la palabra a Helena.

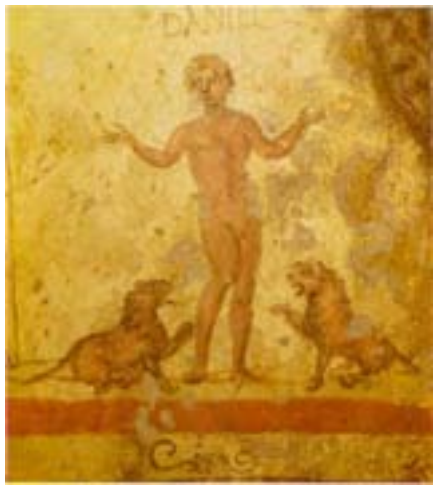
LA FIGURA DE LA ORANTE

Dice Romano Guardini: "Cuando el hombre se confía a Jesucristo, llega en verdad a la presencia de Dios. Esto se realiza en la oración recta y auténtica. En ella se llega a la santa presencia de Dios. Merced a ella, despierta en la interioridad del hombre no sólo la profundidad religiosa humana, en general, sino el nuevo corazón de los hijos de Dios, corazón renacido y configurado por la gracia. En este espacio vital se muestra la realidad de Dios".

El tema de la orante, esa figura femenina con los brazos extendidos, es uno de los más representados en el arte de las catacumbas. La costumbre de rezar con los brazos extendidos y levantados ya existía desde la antigüedad y era común tanto a judíos como a gentiles. Pero además de la oración esta figura femenina representa, generalmente, al alma feliz después de la muerte.

Hay numerosas figuras bíblicas pintadas en las catacumbas, como los tres jóvenes en el horno ardiente o Daniel en el foso de los leones, representadas en actitud orante, como si pidieran al Señor que liberara el alma de las personas en cuyas tumbas están representados.

Existen también otras figuras orantes que, según Wilpert, deben ser consideradas como símbolo del alma del difunto en el cielo, orando por sus amigos en la tierra. Una de las pruebas más convincentes de que las orantes fueran consideradas como símbolo del alma (y eso explicaría también por qué casi siempre son figuras femeninas), es una antigua medalla de plomo que se conserva en los Museos Vaticanos, que muestra al mártir san Lorenzo, bajo tortura, mientras su alma con forma de una mujer orante sale del cuerpo. Es muy probable que las representaciones medievales de un cuerpo diminuto, figura del alma, que sale de la boca de los difuntos para ser recibido por ángeles o demonios, sean reminiscencias de las orantes como símbolo del alma.



El vínculo entre fe y oración ha sido siempre muy fuerte. Y el arte tiene muchas muestras de ello. Como dice Romano Guardini: “A la larga, es imposible creer sin orar, como no se puede vivir sin respirar. Tenemos que volver a aprender que no es sólo el corazón el que debe rezar, sino también la mente. El mismo conocimiento ha de convertirse en oración, en cuanto la verdad se hace amor”.

Leemos los últimos números de hoy y presentamos la última imagen:

> 47. La unidad de la Iglesia, en el tiempo y en el espacio, está ligada a la unidad de la fe: "Un solo cuerpo y un solo espíritu […] una sola fe" (Ef 4,4-5). Hoy puede parecer posible una unión entre los hombres en una tarea común, en el compartir los mismos sentimientos o la misma suerte, en una meta común. Pero resulta muy difícil concebir una unidad en la misma verdad. Nos da la impresión de que una unión de este tipo se opone a la libertad de pensamiento y a la autonomía del sujeto. En cambio, la experiencia del amor nos dice que precisamente en el amor es posible tener una visión común, que amando aprendemos a ver la realidad con los ojos del otro, y que eso no nos empobrece, sino que enriquece nuestra mirada. El amor verdadero, a medida del amor divino, exige la verdad y, en la mirada común de la verdad, que es Jesucristo, adquiere firmeza y profundidad. En esto consiste también el gozo de creer, en la unidad de visión en un solo cuerpo y en un solo espíritu. En este sentido san León Magno decía: "Si la fe no es una, no es fe". ¿Cuál es el secreto de esta unidad? La fe es "una", en primer lugar, por la unidad del Dios conocido y confesado. Todos los artículos de la fe se refieren a él, son vías para conocer su ser y su actuar, y por eso forman una unidad superior a cualquier otra que podamos construir con nuestro pensamiento, la unidad que nos enriquece, porque se nos comunica y nos hace "uno".
>
> La fe es una, además, porque se dirige al único Señor, a la vida de Jesús, a su historia concreta que comparte con nosotros. San Ireneo de Lyon ha clarificado este punto contra los herejes gnósticos. Éstos distinguían dos tipos de fe, una fe ruda, la fe de los simples, imperfecta, que no iba más allá de la carne de Cristo y de la contemplación de sus misterios; y otro tipo de fe, más profundo y perfecto, la fe verdadera, reservada a un pequeño círculo de iniciados, que se eleva con el intelecto hasta los misterios de la divinidad desconocida, más allá de la carne de Cristo. Ante este planteamiento, que sigue teniendo su atractivo y sus defensores también en nuestros días, san Ireneo defiende que la fe es una sola, porque pasa siempre por el punto concreto de la encarnación, sin superar nunca la carne y la historia de Cristo, ya que Dios se ha querido revelar plenamente en ella. Y, por eso, no hay diferencia entre la fe de "aquel que destaca por su elocuencia" y de "quien es más débil en la palabra", entre quien es superior y quien tiene menos capacidad: ni el primero puede ampliar la fe, ni el segundo reducirla[41].
>
> Por último, la fe es una porque es compartida por toda la Iglesia, que forma un solo cuerpo y un solo espíritu. En la comunión del único sujeto que es la Iglesia, recibimos una mirada común. Confesando la misma fe, nos apoyamos sobre la misma roca, somos transformados por el mismo Espíritu de amor, irradiamos una única luz y tenemos una única mirada para penetrar la realidad.

Unidad de la fe porque hay un solo Dios, porque confiesa a un único Señor hecho carne para nuestra salvación y porque es creída y proclamada por la única Iglesia. Esta unidad de la fe exige que sea profesada de manera unitaria, íntegra, sin negar ninguno de sus artículos:

> 48. Dado que la fe es una sola, debe ser confesada en toda su pureza e integridad. Precisamente porque todos los artículos de la fe forman una unidad, negar uno de ellos, aunque sea de los que parecen menos importantes, produce un daño a la totalidad. Cada época puede encontrar algunos puntos de la fe más fáciles o difíciles de aceptar: por eso

> es importante vigilar para que se transmita todo el depósito de la fe (cf. 1 Tm 6,20), para que se insista oportunamente en todos los aspectos de la confesión de fe. En efecto, puesto que la unidad de la fe es la unidad de la Iglesia, quitar algo a la fe es quitar algo a la verdad de la comunión. Los Padres han descrito la fe como un cuerpo, el cuerpo de la verdad, que tiene diversos miembros, en analogía con el Cuerpo de Cristo y con su prolongación en la Iglesia. La integridad de la fe también se ha relacionado con la imagen de la Iglesia virgen, con su fidelidad al amor esponsal a Cristo: menoscabar la fe significa menoscabar la comunión con el Señor. La unidad de la fe es, por tanto, la de un organismo vivo, como bien ha explicado el beato John Henry Newman, que ponía entre las notas características para asegurar la continuidad de la doctrina en el tiempo, su capacidad de asimilar todo lo que encuentra, purificándolo y llevándolo a su mejor expresión. La fe se muestra así universal, católica, porque su luz crece para iluminar todo el cosmos y toda la historia.

Integridad de la fe, confesada por la Iglesia virgen, fiel al esposo, Cristo. Al servicio de esta integridad de la fe están la sucesión apostólica, el Magisterio y el ministerio petrino. Así lo recuerda el último número:

> 49. Como servicio a la unidad de la fe y a su transmisión íntegra, el Señor ha dado a la Iglesia el don de la sucesión apostólica. Por medio de ella, la continuidad de la memoria de la Iglesia está garantizada y es posible beber con seguridad en la fuente pura de la que mana la fe. Como la Iglesia transmite una fe viva, han de ser personas vivas las que garanticen la conexión con el origen. La fe se basa en la fidelidad de los testigos que han sido elegidos por el Señor para esa misión. Por eso, el Magisterio habla siempre en obediencia a la Palabra originaria sobre la que se basa la fe, y es fiable porque se fía de la Palabra que escucha, custodia y expone. En el discurso de despedida a los ancianos de Éfeso en Mileto, recogido por san Lucas en los Hechos de los Apóstoles, san Pablo afirma haber cumplido el encargo que el Señor le confió de anunciar "enteramente el plan de Dios" (Hch 20,27). Gracias al Magisterio de la Iglesia nos puede llegar íntegro este plan y, con él, la alegría de poder cumplirlo plenamente.

Damos de nuevo la palabra a Helena para que nos presente nuestra última imagen.

CÁTEDRA DE PEDRO DE BERNINI

Para comentar esta obra utilizaremos sobre todo las palabras pronunciadas por Benedicto XVI en su *Homilía* del 19 de febrero de 2012, Solemnidad de la Cátedra de San Pedro, porque en ella da una interpretación exacta, a la luz de la fe, de esta magnífica obra.

La Cátedra de San Pedro, en latín *Cathedra Petri* es un "sitial de madera del siglo IX, que por mucho tiempo se consideró la cátedra del apóstol Pedro, y que fue colocada precisamente en ese altar monumental por su alto valor simbólico. Ésta, en efecto, expresa la presencia permanente del Apóstol en el magisterio de sus sucesores. El sillón de san Pedro, podemos decir, es el trono de la verdad, que tiene su origen en el mandato de Cristo después de la confesión en Cesarea de Filipo. La silla magisterial nos trae a la memoria de nuevo las palabras del Señor dirigidas a Pedro en el Cenáculo: «Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos» (Lc 22,32)".

NOS ET OVES
ΣΥ ΒΟΣΚΕΙΑ

La cátedra que actualmente se conserva en San Pedro fue donada por Carlos el Calvo al Papa Juan VIII en el siglo IX, con motivo de su viaje a Roma para su coronación como emperador romano de Occidente. ¿Y dónde se conserva ahora esta cátedra? Cuando se entra en San Pedro, "se recorre la grandiosa nave central, una vez pasado el crucero, se llega al ábside y nos encontramos ante un grandioso trono de bronce que parece suelto, pero que en realidad está sostenido por cuatro estatuas de grandes Padres de la Iglesia de Oriente y Occidente. Y, sobre el trono, circundado por una corona de ángeles suspendidos en el aire, resplandece en la ventana ovalada la gloria del Espíritu Santo. ¿Qué nos dice este complejo escultórico, fruto del genio de Bernini? Representa una visión de la esencia de la Iglesia y, dentro de ella, del magisterio petrino".

Efectivamente, esta impresionante composición barroca es obra de Gian Lorenzo Bernini, y fue construida entre 1656 y 1665, bajo el Papado de Alejandro VII, un Papa humanista que, como Urbano VIII treinta años antes y gran mecenas y protector de Bernini, amaba el arte y se rodeaba de artistas y arquitectos para llevar a cabo ambiciosos proyectos urbanísticos.

El trono de bronce dorado, dentro del cual se halla la silla de madera, está decorado con un relieve que representa la «traditio clavium» o «entrega de llaves».

La cátedra "está apoyada sobre los Padres de la Iglesia. Los dos maestros de oriente, san Juan Crisóstomo y san Atanasio, junto con los latinos, san Ambrosio y san Agustín, representando la totalidad de la tradición y, por tanto, la riqueza de las expresiones de la verdadera fe en la santa y única Iglesia. Este elemento del altar nos dice que el amor se asienta sobre la fe. Y se resquebraja si el hombre ya no confía en Dios ni le obedece. Todo en la Iglesia se apoya sobre la fe: los sacramentos, la liturgia, la evangelización, la caridad. También el derecho, también la autoridad en la Iglesia se apoya sobre la fe. La Iglesia no se da a sí misma las reglas, el propio orden, sino que lo recibe de la Palabra de Dios, que escucha en la fe y trata de comprender y vivir. Los Padres de la Iglesia tienen en la comunidad eclesial la función de garantes de la fidelidad a la Sagrada Escritura. Ellos aseguran una exégesis fidedigna, sólida, capaz de formar con la Cátedra de Pedro un complejo estable y unitario. Las Sagradas Escrituras, interpretadas autorizadamente por el Magisterio a la luz de los Padres, iluminan el camino de la Iglesia en el tiempo, asegurándole un fundamento estable en medio a los cambios históricos".

Por encima del trono aparece un sol de alabastro decorado con estuco dorado rodeado de ángeles que enmarca una vidriera en la está representada una paloma que tiene una envergadura de 162 cms., y que representa al Espíritu Santo.

"La ventana del ábside abre la Iglesia hacia el externo, hacia la creación entera, mientras la imagen de la paloma del Espíritu Santo muestra a Dios como la fuente de la luz. Pero se puede subrayar otro aspecto: en efecto, la Iglesia misma es como una ventana, el lugar en el que Dios se acerca, se encuentra con el mundo. La Iglesia no existe por sí misma, no es el punto de

llegada, sino que debe remitir más allá, hacia lo alto, por encima de nosotros. La Iglesia es verdaderamente ella misma en la medida en que deja trasparentar al Otro -con la «O» mayúscula- del cual proviene y al cual conduce. La Iglesia es el lugar donde Dios «llega» a nosotros, y desde donde nosotros «partimos» hacia él; ella tiene la misión de abrir más allá de sí mismo ese mundo que tiende a creerse un todo cerrado y llevarle la luz que viene de lo alto, sin la cual sería inhabitable".

"Tras haber considerado los diversos elementos del altar de la Cátedra, dirijamos una mirada al conjunto. Y veamos cómo está atravesado por un doble movimiento: de ascensión y de descenso. Es la reciprocidad entre la fe y el amor. La Cátedra está puesta con gran realce en este lugar, porque aquí está la tumba del apóstol Pedro, pero también tiende hacia el amor de Dios. En efecto, la fe se orienta al amor. Una fe egoísta no es una fe verdadera. Quien cree en Jesucristo y entra en el dinamismo del amor que tiene su fuente en la Eucaristía, descubre la verdadera alegría y, a su vez, es capaz de vivir según la lógica de este don. La verdadera fe es iluminada por el amor y conduce al amor, hacia lo alto, del mismo modo que el altar de la Cátedra apunta hacia la ventana luminosa, la gloria del Espíritu Santo, que constituye el verdadero punto focal para la mirada del peregrino que atraviesa el umbral de la Basílica Vaticana. En esa ventana, la corona de los ángeles y los grandes rayos dorados dan un espléndido realce, con un sentido de plenitud desbordante, que expresa la riqueza de la comunión con Dios. Dios no es soledad, sino amor glorioso y gozoso, difusivo y luminoso".

Pero, "la Cátedra de Pedro evoca otro recuerdo: la célebre expresión de san Ignacio de Antioquía, que en su carta a los Romanos llama a la Iglesia de Roma «aquella que preside en la caridad». En efecto, el presidir en la fe está inseparablemente unido al presidir en el amor. Una fe sin amor nunca será una fe cristiana auténtica. Pero las palabras de san Ignacio tienen también otra connotación mucho más concreta. El término «caridad», en efecto, se utilizaba en la Iglesia de los orígenes para indicar también la Eucaristía. La Eucaristía es precisamente *Sacramentum caritatis Christi*, mediante el cual él sigue atrayendo a todos hacia sí, como lo hizo desde lo alto de la cruz (cf. Jn 12,32). Por tanto, «presidir en la caridad» significa atraer a los hombres en un abrazo eucarístico, el abrazo de Cristo, que supera toda barrera y toda exclusión, creando comunión entre las múltiples diferencias. El ministerio petrino, pues, es primado de amor en sentido eucarístico, es decir, solicitud por la comunión universal de la Iglesia en Cristo. Y la Eucaristía es forma y medida de esta comunión, y garantía de que ella se mantenga fiel al criterio de la tradición de la fe".